rriqueño no ha participado más activamente en el proceso de industrialización y cuáles son las barreras que le obstaculizan una mejor comprensión del mercado continental.

Aunque las diferencias del empresairo puertorriqueño son significativas frente a los continentales, deja sin explicar las razones, y el Dr. Cochran las atribuye a la cultura hispánica, y la organización de la empresa.

Acostumbrados como estamos a ver cómo reaccionan los puertorriqueños cuando las circunstancias son apropiadas para aprovechar toda oportunidad comercial, esperamos que hayan otros factores básicos para explicar las diferencias señaladas por el Dr. Cochran.

El enfoque total del estudio está dirigido a la manera de producir en P. R. en comparación con los E. U. La pregunta sería si es posible producir eficientemente sin que la forma *paternal* y las relaciones personales sean alteradas substancialmente. Hemos observado que la psicología moderna ha contribuido significativamente señalando los adelantos en la producción mediante mejores técnicas de relaciones humanas. ¿Sería necesario adoptar las formas de relaciones que existen en la fábrica norteamericana, o por el contrario se requieren ajustes en los métodos de producción y de organización en la forma puertorriqueña?

CARLOS J. LASTRA

JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, Madrid: *Revista de Occidente*, 1958.

Esta es una de las obras inéditas de Ortega, y es la cristalización de su tan esperado libro sobre el hombre y la sociedad que había venido anunciando desde hacía mucho tiempo a través de su obra. El filósofo murió sin poder dar a este "mamotreto sociológico" la "postrera soba" de que nos habla en su prólogo a *Ideas y Creencias*, pero aún así *El Hombre y la Gente* llena el cometido que se trazó el autor a cabalidad, a saber, el buscar los elementos que son constitutivos de lo social.

En el ensayo que forma el primer capítulo de la obra "Ensimismamiento y Alteración" publicado por Ortega años antes, ya se manifiesta su inconformidad con las doctrinas sociológicas imperantes. Ninguno de estos sociólogos —ni aun el padre de todos ellos, Comte— habían definido con claridad lo que es un hecho social. (Esto es, claro está, una exageración de Ortega, puesto que ya a fines del siglo XIX el gran sociólogo Durkheim se había planteado precisamente ese

problema en sus *Reglas del Método Sociológico.* Este es el fin de toda la obra: buscar el "hecho social" por excelencia, con miras a establecer por vez primera una verdadera sociología, consciente de sus conceptos fundamentales.

Pero antes de que podamos llegar ante el "hecho social", dice Ortega, tenemos que buscar la realidad radical —aquella más allá de la cual no podemos retroceder en nuestra búsqueda de lo verdaderamente real. Esta "realidad radical" es nuestra vida —la de cada cual. "Al llamarla "realidad radical" no significó que sea la única ni siquiera que sea la más elevada, respetable o sublime o suprema, sino simplemente que es la raíz —de aquí, radical— de todas las demás en el sentido de que éstas, sean las que fueran tienen, para sernos realidad, que hacerse de algún modo presentes o, al menos, anunciarse en los ámbitos estremecidos de nuestra propia vida."

Esa vida que no es disparada a quemarropa no nos es dada hecha, sino que tenemos que hacerla en nuestro cotidiano vivir a través de nuestras decisiones. La vida es quehacer somos y nos hacemos a nosotros mismos. Vivir es vivir en circunstancia; en un ámbito que nos rodea pero que no lo hemos escogido nosotros, sino que nos es impuesto querramos que no. No nos hemos dado la vida a nosotros mismos, "sino que nos la encontramos precisamente cuando nos encontramos a nosotros mismos."

Mi vida es siempre la mía, y resulta por lo tanto intransferible, pues encuentro que nadie puede decidir por mí. Las decisiones tengo que hacerlas yo solo —la vida es *radical soledad.* Pero el vivir encerrados dentro de un cuerpo no condena al hombre a vivir sin hacer un intento de comunicarse con otras "soledades radicales" como la suya. El amor —ese supremo intento de transmigración de las almas— y la amistad, no son sino el resultado de que desde el fondo de nuestra soledad "emergemos constantemente en un ansia, no menos radical, de compañía. Quisiéramos hallar aquel cuya vida se fundiese íntegramente, se interpenetrase con la nuestra. Esta relación interindividual, sin embargo, no es para Ortega una relación social propiamente dicha —puesto que estas son acciones que tienen un *sentido* para nosotros— son acciones *humanas* estrictamente hablando. En esta relación de comunicación o interindividual no podemos decir que las cosas son hechas porque *se* hacen, como es el caso cuando el individuo actúa obedeciendo los dictámenes de la presión social.

El nivel de lo social —los elementos constitutivos de la sociedad— aparecen no en las relaciones interindividuales, sino en aquellas cosas que hacemos cotidianamente simplemente *porque se hacen.* Por ejemplo, saludamos, dando la mano, a un sinnúmero de personas. Si al-

guien nos preguntase el porqué, diríamos sencillamente que eso es lo que se hace. Esto es lo que Ortega llama *usos,* que para él son los elementos constitutivos de la sociedad. Estos usos, los cuales él divide en rígidos o flexibles de acuerdo con el potencial de coacción que su violación pueda acarrear para el individuo, carecen del sentido —del carácter humano— que vimos anteriormente eran características de las relaciones interindividuales: "A los usos les es constitutivo haber perdido su sentido; por tanto, haber sido en un tiempo acciones humanas interindividuales e inteligibles, acciones con alma, y haberse luego vaciado de sentido, mecanizado, automatizado, como mineralizado, en suma, desalmado." De ahí el que Ortega afirme a través de su obra que lo social es esencialmente anacronismo —son acciones que una vez tuvieron sentido pero que ya carecen de él. Es decir, que cuando nos enfrentamos a ese hecho social por excelencia, el uso, nos topamos con algo que se nos viene encima con una amenaza de acción latente o manifiesta. La presión social se manifiesta a través de las opiniones vigentes o "reinantes" como las llama Ortega. De ahí el que la innovación encuentre siempre resistencia, puesto que amenaza con vulnerar lo acostumbrado, lo establecido, lo ancestral. Para que la opinión privada de un individuo pueda convertirse en una "vigencia" o "tópico" tiene que transcurrir mucho tiempo, y ello trae como consecuencia la osificación de dicha opinión en una "opinión pública."

Estos usos o vigencias sociales se caracterizan, de acuerdo con Ortega, en que son indiferentes a nuestra adhesión, y además en que podemos recurrir a ellas como una instancia de poder en qué apoyarnos. De hecho los usos tienen el carácter de imposiciones mecánicas; son irracionales, y finalmente son realidades extra-individuales o personales, como notamos ya anteriormente. ¿Y quién es el sujeto de estos "usos"? Pues "los demás", "la gente", "nadie en particular." ¿Quién dice que yo debo dar la mano cuando conozco a alguien? Pues nadie en particular, sino "la gente", y esta imposición o presión tiene el carácter de un "quieras que no" —es esencialmente coactivo. Esta deshumanización de lo humano, ese ámbito intermedio entre la naturaleza y el hombre, tiene un carácter brutal e insensible. No obstante, los usos; (1) permiten la casi convivencia con el desconocido o el extraño; (2) inyectan en el individuo la herencia del pasado y lo obligan a vivir a la altura de los tiempos; y (3) crean un grado de automatización y habituación en la vida del hombre que le permiten dedicar su vida a tareas creadoras y verdaderamente humanas.

II

El Hombre y la Gente es mucho más rico en contenido que lo que

he podido exponer aquí en forma harto esquemática. Para la persona interesada es la filosofía de Ortega como tal, es una obra que no debe dejar de leer. En esta reseña, sin embargo, quise concentrar mi atención sobre el objeto fundamental de la obra según el autor: buscar el carácter fundamental de lo social. Vimos que según él lo constitutivo de lo social son los *usos,* que se nos imponen mecánicamente y con la amenaza de una coacción eventual —de carácter físico o moral— si no los obedecemos.

Concuerdo con Ortega en que la presión social es algo que podemos palpar, que nos rodea y ciñe toda nuestra vida. Lo que me inquieta es que su obra parece establecer una dicotomía entre el hombre y la gente, entre el individuo y la sociedad, viendo a esta última como un monolito que se cierne amenazante sobre el hombre. No hay en esta sociología ningún tipo de asociación intermedia entre el hombre y la gente, ni se concibe a la sociedad como un conjunto —más o menos articulado— de grupos de diversa índole. Esta pluralidad de grupos de todas clases operan como áreas de resistencia ante la presión insistente (y a menudo irresistible) de la gente. La sociología contemporánea ha tomado en consideración dichas asociaciones, y no creo que desmerezca la figura de Ortega y Gasset si se señala esta dificultad que presente su sociología. No obstante, debemos recordar que esta obra quedó trunca con la muerte del filósofo, y que en el bosquejo que aparece como apéndice al libro se nota que Ortega pensaba abordar el tema. "Pero la malaventura parece complacerse en no dejarme darles la última mano, esa postrera soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta", dijo con gran pesar en su prólogo a *Ideas y Creencias* escrito en 1940. Dieciséis años más tarde la malaventura volvió a interponerse, esta vez para siempre. Aún sin la "postrera soba", sin embargo, *El Hombre y la Gente* permanecerá como un libro indispensable para la plena comprensión de la filosofía de Ortega y Gasset.

MANUEL MALDONADO DENIS
Universidad de Puerto Rico

SIDNEY W. MINTZ — *Worker in the Cane, a Puerto Rican life history* New Haven: Yale University Press, 1960. 288 pp.

Un libro como éste, basado principalmente sobre la narración hecha por él mismo —de un trabajador de la caña en el Barrio Jauca de Santa Isabel, P. R., es muy difícil de reseñar. El libro del Dr. Mintz